

Ensayo sobre el afecto

Horacio N. Rotemberg

El psicoanálisis es una concepción acerca de la estructura y el funcionamiento mental y es una técnica psicoterapéutica basada en la transferencia. En estas dos dimensiones psicoanalíticas hay un lugar preponderante para los afectos.

La primer dimensión aporta una delimitación teórica, metapsicológica de los afectos.

En la segunda los afectos detectables actúan como un barómetro del clima emocional que impera en las sesiones y, por ende, como un indicador de las transformaciones que se van produciendo en el proceso analítico, tanto de aquellas que conducen al insight como de esas otras que desembocan en el *impasse*.

Metapsicológicamente, en Freud, desde el “Proyecto...” el afecto es una de las bases materiales del funcionamiento mental, junto con la representación.

Estos dos términos, representación y monto de afecto, pasan a ser considerados ulteriormente en la teoría como los representantes de la pulsión en la estructura.

¿Cuál es la dinámica que estos términos generan?

En una primera aproximación se puede pensar que el interjuego afectivo, por tratarse de cantidades, está más cercano al funcionamiento mental acorde con el régimen de placer-displacer, condicionando así la orientación del flujo representacional por fuera de las experiencias de dolor.

Sin embargo, el flujo representacional, el entramado ideativo, favorece el régimen propio del principio de realidad en la medida en que liga de un modo estable a los afectos, ligadura que produce una transformación cualitativa en el afecto mismo.

En la concepción freudiana, entonces, hay una dialéctica entre la representación y el afecto en la que ambos se influyen mutuamente y promueven un predominio variable de uno u otro principio de funcionamiento mental.

La gama afectiva a la que Freud aborda metapsicológicamente en su obra es variada. Quiero referirme inicialmente a ese afecto paradigmático, la angustia, y a sus articulaciones teóricas con respecto al yo, lo que me llevará a abordar otros estados afectivos más complejos dentro del yo.

La angustia es definida inicialmente como una acumulación libidinal de tipo tóxico, acorde con la concepción del afecto como una tendencia a la descarga de cantidades.

Al estar impedido el libre flujo libidinal y su descarga específica, aparece la descarga afectiva angustiosa.

Esta descarga generadora de angustia implica que la impronta pulsional afectiva en la estructura vuelve a sus orígenes somáticos, promoviendo una serie de efectos corporales que señalan el delgado límite entre los aprontes para la supervivencia y la muerte, ya que la descarga masiva al soma potencia los efectos desestructurantes y conduce a la situación traumática.

En Freud hay otra definición del afecto y es la de considerarlo como una reminiscencia.

Freud compara la manifestación afectiva con el síntoma histérico y dice que ambos son reminiscencias: la primera de una circunstancia universal, propia de la especie; el segundo de adquisición singular, propio de la historia personal. La angustia definida como reminiscencia implica un complejo representacional evocable por el yo, el que posee entonces un nivel de funcionamiento más autónomo, más alejado del nivel estrictamente somático, ya que el monto de afecto adviene señal anticipatoria, preventiva, instrumental para el yo.

El yo, en la medida que complejiza su estructura, complejiza su articulación con los afectos. Podemos modelizar el siguiente movimiento: inicialmente el yo, básicamente perceptual, registra la descarga afectiva como angustia en la medida en que se desencadena la situación traumática. Luego el yo rememora, anticipa activamente la situación de peligro promoviendo descargas controladas en forma de angustia señal articulada a un complejo representacional. Por último el yo establece complejas

relaciones afectivas con su entorno en cuyo contexto la angustia puede reaparecer.

Se modeliza entonces a un yo que es, como se consigna en “El yo y el ello”, primero y ante todo corporal; que se define desde “El Proyecto...” sobre la base de un conjunto estable de representaciones y que logra, como un punto de inflexión en su constitución, la capacidad de evocar separadamente a un conjunto de representaciones cargadas emocionalmente y de dejarse guiar por ellas, por lo tanto, de dirigirse a ellas.

Partiendo de ciertas ideas freudianas establecidas en “Pulsiones y destinos de pulsión”, se puede pensar del siguiente modo dicho proceso en el que se pasa de lo cuantitativo a lo cualitativo. Inicialmente el yo de placer purificado encuentra satisfacción en sí mismo englobando lo placiente en sus confines. Luego, se transforma en el yo de realidad en la medida que desprende de sus límites narcisistas a un grupo representacional cargado libidinalmente hacia el cual tiende y busca reencontrar en el afuera.

En este proceso se gestan estados afectivos particularmente complejos.

La secuencia odio-amor, propuesta por Freud como propia de la constitución de los vínculos emocionales humanos, indica que inicialmente la libido debe catectizar narcisísticamente al yo, cualificarlo afectivamente, constituirlo en fuente única de placer, darle estabilidad para que luego, una vez consolidado el espacio intrapsíquico –a expensas del rechazo agresivo inicial– surja el objeto amoroso como tal, desplazando la fuente de satisfacción, de bienestar, de cualificación afectiva, al afuera. El odio primigenio define así un complejo estado afectivo, propio de un yo incipiente, que se ama a sí mismo libidinizando al conjunto de representaciones que lo delimitan orientándose a la destrucción de lo indeseado, de lo ajeno, de lo otro, borrando así de la memoria afectiva cualquier experiencia ubicable por fuera del espacio yoico. La memoria afectiva alcanza plenitud cuando la plenitud narcisista se ve acotada por el reconocimiento de un objeto externo constituido como fuente de placer.

Esto acontece cuando en dicha plenitud narcisista surge un vacío sólo subsanable por la simbolización de una ausencia.

Al surgir la noción de falta puede surgir la expectativa de algo que la colme desde afuera.

Es este movimiento el que condiciona que un grupo de repre-

sentaciones se recorte del yo y se constituya en la meta libidinal, en la meta afectiva.

Una vez establecido el yo, el objeto puede advenir como tal para él mismo. Los afectos se articulan entonces de modo sostenido a los objetos y el amor, definido por Freud en “Pulsiones y destinos de pulsión” como la relación del yo con sus fuentes de placer, pasa de ser narcisista a ser objetal.

Esta dinámica afectivo-representacional en la que el afecto bascula entre la descarga y la rememoración y, concomitantemente, se liga desde un yo constituido a los objetos, es descripta por Freud en “Inhibición, síntoma y angustia” cuando aborda una de las causas de la puesta en juego de la angustia señal: el peligro ante la pérdida del amor del objeto.

En esta fase se observa en plenitud la complejidad del movimiento afectivo, que perdura como una capacidad básica en el yo.

Freud dice en dicho artículo que, en un determinado estadio del desarrollo estructural yoico, el afecto displacentero se evoca como señal de angustia ante una circunstancia que para el yo implica la pérdida de una relación amorosa objetal, la única que le asegura un estado de bienestar.

Este afecto evocado, esta señal de angustia, promueve una mini descarga indicadora de la fragilidad estructural del yo, quien se hace conciente de su posible destrucción.

Sólo el amenazado amor del objeto asegura la estabilidad del yo.

Sólo el ligamen afectivo protector con el objeto evita la emergencia de la descarga afectiva autodestructiva.

¿Este tipo de aproximación metapsicológica al yo y los afectos tiene algún correlato operativo en psicoanálisis?

Yo entiendo que estos distintos tipos de estados afectivos circulan por el proceso analítico y, con suerte, son contenidos por el encuadre y procesados en el entre-dos del diálogo.

En el análisis la base reaseguradora de la transferencia positiva implica ese ligamen tierno, cohesivo, que da margen para la investigación del inconciente sin que la amenaza de lo disruptivo sea particularmente perturbadora.

La transferencia erótica o la transferencia hostil evidencian esa polaridad amor-odio propia de un yo no totalmente consolidado en su capacidad simbólica-simbolizante, quien debe enton-

ces aferrarse necesaria, desesperadamente al objeto, o destruirlo, para subsistir.

Este contexto trágico, llevado al acto, instala una situación de peligro en la sesión misma, índice de un narcisismo perturbado que transforma la descarga afectiva en descarga motora como única vía posible para la expulsión tanática, frente al dilema destruir-ser destruido.

La transferencia en análisis se puede definir entonces como la reproducción de un campo afectivo-representacional que se liga o se descarga en la figura del analista, se simboliza o se actúa, se resignifica o se padece.

El afecto y la representación, en su mutuo condicionamiento, son la materia prima del funcionamiento mental y, por ende, del análisis.

La interpretación, herramienta princeps, ligará apropiadamente el afecto a representaciones develadoras de una determinada dinámica psíquica, reubicando al sujeto frente a sus compulsiones fantasmáticas.

El encuadre dará el marco para que la cohesividad afectiva del sujeto lo sostenga en una tarea donde él podrá ser eventualmente artífice de su propio destino.

Esta concepción básicamente freudiana del funcionamiento mental, en su articulación afectivo-representacional no es, precisamente, de tipo espiritualista.

Señala los condicionamientos psíquicos humanos desde su raíz material.

Esta materialidad es distinta tanto de la materialidad neurofisiológica como de la materialidad lingüística.

Se trata de la materialidad psíquica, abordable desde la misma argamasa de la que está compuesta: la representación y el afecto.

Esta materialidad afectivo-representacional es el cimiento de las más complejas construcciones humanas, las que configuran su identidad y sus logros más elevados.

Este sustrato, desde su sobredeterminación inconciente, tiñe las conductas cotidianas y le da singularidad al sujeto

Quisiera tomar ahora en consideración dos nuevas dimensiones afectivas: el dolor mental y la pasión.

En el primer caso el punto de partida son las referencias freudianas consignadas en “Inhibición, síntoma y angustia”.

En el segundo, la revalorización hecha por Green del término pasión dentro del marco de la teoría psicoanalítica.

Mi intención es señalar cómo estos nuevos niveles emocionales, propios de una estructura yoica sumamente compleja, remiten al eterno vaivén humano entre narcisismo y relación objetal.

Freud, en la Addenda C de “Inhibición...”, toma el uso semántico popular, que equipara dolor corporal y dolor anímico, dándole una analogía de sentido en función de la categoría de los procesos subyacentes.

Esta analogía incluye una paradoja ya que el dolor físico implica una injuria corporal que afecta directamente la integridad narcisista, en tanto que el dolor anímico surge en el contexto de una pérdida objetal.

La explicación freudiana incluida en dicho texto es de tipo económica: en ambos casos hay un aflujo excesivo de carga, ya sea en torno a la zona lesionada o bien en torno al objeto perdido.

Así la dimensión afectiva, en este caso del dolor mental, vuelve a ser expresada por Freud en términos de carga-descarga.

Se puede complementar este aserto agregándole una dimensión estructural acorde con lo ya explicitado en estas líneas. La pérdida del objeto implica un trastorno psíquico a nivel representacional. El deslinde representacional entre yo y objeto no deja de estar dentro de los límites del sí mismo y la pérdida irreparable de un objeto externo lo pone en evidencia.

El dolor anímico surge porque se producen modificaciones forzosas en el acervo representacional estable del yo, que es aquél que define al yo como tal aun cuando el deslinde yo-objeto ya haya tenido lugar.

El sufrimiento por la pérdida objetal afecta, por lo tanto, al yo en su narcisismo constitutivo más básico, aquel que pone en juego el nivel representacional que lo sostiene como entidad en su relación consigo mismo y con los demás, ya que son los objetos los que conforman parte de la identidad del sujeto.

Por ello, la pérdida de objeto implica necesariamente a la dimensión narcisista en el plano representacional más básico.

Esta dimensión narcisista que involucra al yo en sus relaciones y en sus proyectos es revalorizada por Green a través del término pasión (en “Pasiones y destinos de pasión”).

La pasión es la emocionalidad plena, potente, loca.

Loca, siguiendo a Green, en esa dimensión de extravío perso-

nal en el sufrir o amar de un modo propio, pulsional, poseso.

La pasión, que lo justifica todo y rechaza todo tipo de razón en su ceguera constitutiva no es sinónimo de psicosis. Psicosis es destrucción de lo psíquico.

En cambio la locura, según Green, es “constitutiva de lo humano y está ligada a las vicisitudes del Eros primordial siempre en conflicto con las pulsiones destructivas”.

Es decir, esta locura pasional es ligadura, al mismo tiempo objeto y narcisismo.

Es el afecto en carne viva, lo que no quiere decir que sea un afecto alejado de la representación.

Por el contrario, el afecto devenido pasión encarna en la representación y amalgama al yo y sus objetos en un sincisio narcisista-objetal.

Lo que puede dar cuenta de esta trama es la poesía.

Y, también, el psicoanálisis.

Con una salvedad: la pasión, por lo general, asusta y lo que asusta de ella no es sólo el temor a verse arrollado por una pasión ajena, sino el contagio que dicha pasión pueda producir.

Es difícil mantenerse a una distancia apropiada de la pasión.

Esta distancia en el marco analítico, y aquí finalizo mi relato, la da la reflexión sobre el movimiento transferencial-contratransferencial, lo que crea el clima apropiado para el reconocimiento del movimiento pasional-pulsional dentro del proceso analítico.

Y es la pasión por la verdad lo que sostendrá al analista en esa difícil tarea que es la de hacer conciente lo inconciente, tanto en el nivel representacional como en el afectivo, como vía para que el analizando delimite su propio espacio personal.

RESUMEN

“Ensayo sobre el afecto” es un trabajo metapsicológico que parte de la base material sobre la que Freud construye su concepción del aparato psíquico: la representación del afecto. El afecto en su doble vertiente, tendencia a la descarga y reminiscencia, se articula al yo quien lo padece y lo instrumenta de acuerdo a las posibilidades estructurales alcanzadas.

Este artículo teoriza sobre distintos afectos: la angustia, el amor, el odio, el dolor mental y la pasión y hace una referencia a las manifestaciones afectivas dentro de un proceso analítico.

SUMMARY

The "Essay on Affect" is a metapsychological paper based on Freud's actual premise upon which he builds his concept of psychic apparatus: the representation of affect. Affect in its twofold aspects, a tendency towards its discharge and that of reminiscence, articulates with the ego that suffers it and arranges it in accordance with the attained structural possibilities.

This article theorizes about the different affects: anxiety, love, hate, mental pain and passion, and alludes to the affective expressions within an analytic process.

RESUME

"Essai sur l'affect" est un travail métapsychologique qui part de la base sur laquelle Freud construit sa conception de l'appareil psychique: la représentation de l'affect. L'affect dans son double versant, tendance à la décharge et réminiscence, s'articule avec le Moi qui doit le souffrir et le met en marche d'après les possibilités structurales atteintes.

Cet article analyse différents aspects du phénomène: l'angoisse, l'amour, la haine, la douleur mentale et la passion, et fait référence aux manifestations affectives dans un processus analytique.

Descriptores: Afecto. Afectos. Dolor. Pasión. Representación.

Horacio N. Rotemberg
Laprida 1875, 4º "16"
1425 Buenos Aires
Argentina